

Ser y
contar

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

Patricia Suárez

ILUSTRACIONES

Diego Feld

COLECCIÓN 2019 - CUENTO Nº 3

Linda panda

ENCUENTRA A LOS SUYOS



MUTUAL DOCENTE
AMCDA

3

En lo más profundo de una montaña de Sechuán, en la China, vivía una osa panda solitaria. Se llamaba Cindy Panda y era la única panda de esa montaña, porque su madre y su padre habían sido atrapados por cazadores.

Ella se limitaba a estar sentada, masticando como si fuera chicle de tutti frutti a las varitas de bambú flecha o de bambú paraguas, las dos únicas clases de bambú que comen los panda. Para colmo, los otros pobladores de las altas montañas eran unos monitos de pelo dorado algunos o de pelo negro otros, chismosos y maliciosos.

El único que le inspiraba confianza era el gusano que trepaba por el tallo de bambú y le suplicaba día a día que no se lo tragara. Había un solo gusano por esos lares y ella cada día se encontraba con él, porque un panda come alrededor de 500 tallos de bambú por día. Cuando ella le prometía no devorarlo, el gusano se ponía más amistoso y mantenían una conversación agradable.

-Vos deberías fabricar un puente de bambú que vaya de cima a cima de la montaña –la aconsejó un día el gusano-. Porque al otro lado puede haber más pandas. A lo mejor hasta hay muchas familias de osos allá...

-¿Yo? –preguntó Cindy, sintiéndose incapaz.

-Claro que sí, yo te acompaño al otro lado. Basta con que me dejes ir agarrado de tus orejas. Pongámonos manos a la obra, hay que encajar una vara de bambú con otra...

Así, durante quince días, Cindy Panda y el gusano, hicieron el puente. Los monos los miraban hacer con ojos como platos y se reían de ellos.



Cindy hizo oídos sordos a las burlas de los monos y se cosió un tutú de papel y un paraguítas con flores de bambú húmedas. El paraguítas iba a ayudarla a mantener el equilibrio: era una idea del gusano. Los monos seguían dale que dale con las risotadas.

Por fin el día llegó y el puente se había terminado. Lo colocaron ante la vista de los monos, que se tapaban los ojos con las manos, seguros de que la verían caer y hacerse papilla. Los monos más maliciosos le advertían al gusano: -Adiós, gusano. Feliz aplastamiento.

Cindy se puso sus anteojos, su tutú y esgrimió el paraguas. El Gusano iba agarrado con todas sus fuerzas gusaniles a la cabeza de la osa. Los primeros pasos fueron difíciles, porque tenían miedo y el castañetear de los dientes del gusano se oía por toda la montaña como si fueran tambores.

Ya iban por la mitad del puente, cuando el viento les jugó una mala pasada. Una nube, que si la mirabas desde el costado, parecía otro malicioso monito, empezó a soplar. Entonces, el puente de bambú se bamboleó a un lado y al otro.

-¡Cindy, no mires para abajo y apura el paso! –gritaba el gusanito.

Y el coro de monos decía:

-Chicos, tápanse los ojos. La gorda está por hacerse tortilla contra el fondo.

Cindy apuró todo lo que pudo. Pero la nube seguía jugando con ellos y sopló más fuerte. Se dio vuelta el paraguas y Cindy tuvo que soltarlo. Hasta los monos, malos como eran se estremecieron de pena, viéndolo caer. Cindy cerró los ojos y tanteó el bambú a sus pies...



Una oleada de viento la sacudió. Y ella no supo, en ese instante, si fue que caía o qué, pero una zarpa de oso, la sujetó del otro lado y la saludó:

-Bienvenida, Cindy. Qué alegría tenerte con nosotros.

Cindy se quedó muda de la emoción. Y a los monos les dio una pataleta de rabia al ver que había llegado sana y salva. Como todos siguieran en silencio, el gusanito dijo:

-Mucho gusto, señor panda. Mi nombre es Eleuterio Arriazabaleguiulloa, acordeonista profesional. Aquí mi amiga Cindy, quería conocer a los osos de este lado de Sechuán...

-¡Cindy, Cindy! –se oyó una voz que llegaba desde lo profundo del bosque.

-¡Cindy, soy mamá!

-¡Mami, papi! –exclamó Cindy, emocionada.

Los pandas habían escapado de los cazadores, pero no lograron regresar aquella vez a su montaña.

Además, suponían que a Cindy también la habían atrapado.

Ahora, por fin, vivían todos juntos.

Y el gusano daba conciertos de acordeón todos los días.

